

ANOTACION XVI

Capitulación de los castillos.— General La Mar. (8)

Obligado en la relación anterior a recorrer todo lo relativo a la instalación del Congreso, tuve que contraerme a acontecimientos posteriores a los de que el autor trató en su capítulo XII. Ahora vuelvo atrás y sigo los pasos del autor en su historia. En el decimotercio capítulo refiere el Sr. Paz Soldán la bajada de Cante-rac de la sierra a este valle y la marcha que siguió y el entusiasmo de la población de esta capital, entusiasmo muy superior a cuanta descripción se ha hecho de él. Basta decir que hasta el bello sexo tomó parte en él, que exhortaba a los vecinos para que se armasen y defendiesen, que peroraba a los grupos, que muchas mujeres de la plebe se hicieron guerreras y que las que carecían de armas, con sus débiles manos, empuñaban el cuchillo o la tijera; que los religiosos salieron de sus conventos con cruces y armados, y que ningún ciudadano dejó de estar en su puesto. Si el ejército estuvo fuera de las portadas y en el campo, las murallas estuvieron cubiertas de guerreros improvisados, armados de lanzas y picas que se proporcionaron.

Hallábame en palacio y el portero del ministerio me avisó que estallaba una revolución. Aún no había acabado de hablarme y yo

8. No ha faltado escritor español que se haya atrevido a imputarle una acción vergonzosa y criminal, y este escritor es el bien conocido maldiciente García Camba, quien se atreve a sostener que el inmaculado General La Mar capituló en los castillos y se unió a los patriotas, porque abusó de cantidad de miles que La Serna le diera al dejarlo en las fortalezas del Callao. ¡Calumnia infame! ¡Mentira atroz! Lo dejaron los españoles en el Callao, porque era el cabo de armas como Inspector General, y las fortalezas debían estar bajo sus órdenes, y lo hicieron muy a pesar de los que se retiraban, porque su plan era dejarlo como dejaron al General Vivero.

El dinero no podía entrar en poder de La Mar; lo debió recibir el Comisario de Guerra, y éste habría hecho los pagos por las listas de revista, sin que en el manejo de los caudales tuviese nadie ingerencia sino el que hacía de cajero y pagador como lo era el Comisario. Y si La Mar recibió plata, ¿por qué no se la retiró el General Canterac cuando bajó de la sierra en 1820, y se retiró sabiendo que los castillos debían ser entregados?, y ¿por qué cuando tomaron cartas nada dijeron los españoles en el Cuzco, y nada Rico, su escritor, que no perdonó nunca a los patriotas? ¿Dónde está sentada la partida en los libros de tesorería, que se encuentran en el Tribunal de Cuentas? Es el colmo de la maldad imputar tan feo crimen a un hombre de conducta tan acrisolada.

salía para ver lo que era, cuando un gentío inmenso se presentó pidiéndome armas para resistir a los enemigos. Se les había asegurado que en palacio existía un depósito dejado por La Serna al evacuar la ciudad. El hecho no era cierto, pero contradecirlo y tratar de convencer a un pueblo fuertemente impresionado, era una temeridad. Investigué lo que había de cierto, si existía ese almacén y ese supuesto depósito de armas. Verdad era que existía el almacén, pero no tales armas, y los del pueblo se convencieron de ello cuando derribaron la puerta y encontraron sólo unas docenas de guadañas depositadas y desembarcadas de un buque inglés contrabandista apresado, y que como inútiles o desconocidas no habían sido vendidas. Los hombres dejaron la casa del Gobierno y salieron en busca del enemigo, que suponían estaba por la caja del río. Encontraron que los supuestos españoles eran vecinos del valle de Lurigancho, hacendados y esclavos de las haciendas que venían a resistir a los invasores. Personas que vieron los grupos que venían descendiendo, los creyeron enemigos y difundieron el alarma, que en pocos minutos se hizo general en la ciudad.

En la anterior anotación ya tengo referido lo que pasó y es inútil repetirlo aquí. Canterac no bajó, como lo supone el autor, a proveer de víveres a los castillos; no los traía ni podía traerlos; los animales arreados habrían sido quitados; para quesos y papas no tenían bestias de carga; en los campos no las había; puesto que en la costa en dos meses no hubo tiempo para que los hacendados hubiesen podido surtirse de los ganados que necesitaban, ni había sementeras que cosechar, como lo sabían muy bien el Virrey y sus jefes. Canterac vino a sacar la guarnición y todo el armamento que pudiese. Dejaron a La Mar con la seguridad de que le era imposible sostenerse y que tenía que capitular. Cuanto se refiere de que quedó desengañado de que no podía proveer de víveres a los castillos, es una equivocación, como lo es también lo de que se le pasaron más de 30 oficiales y más de 500 soldados. Esos pasados y esos tomados fueron los que los montoneros recogieron, después del hecho de Lord Cochrane y de la dispersión que los enemigos sufrieron. Antes no hubo un pasado, y al contrario, las avanzadas realistas se batieron con dos compañías de los cívicos de esta ciudad, que al mando del Capitán D. Juan Francisco Izcue estaban en observación en las inmediaciones de Bellavista y con la orden de retirarse. Pero el denodado oficial se sostuvo en su puesto más tiempo del debido y tuvo que retirarse batiéndose con denuedo y

arrojo y llegó a ponerse en salvo, habiéndose cubierto de gloria. Este hecho merecía que no lo olvidase el autor.

Sobre la persecución del enemigo por Las Heras, ya tengo expuesto lo conveniente en la anotación anterior.

Al retirarse Canterac, tenía seguridad completa de que La Mar capitularía y esto lo sabía perfectamente el General San Martín; así nadie dudó de una pronta y honrosa capitulación, en que se concedería a La Mar cuanto exigiese porque se le quería complacer. El gobernador del Callao capituló, pues, habiéndose dado por pura fórmula los pasos que indica el autor. No es exacto que Lord Cochrane hubiese tratado de que La Mar capitulase con él, ni podía exigirlo. Cochrane quería que la plaza capitulase, pero con el General San Martín. Todo lo demás es falsedad inventada por los enemigos del Almirante.

Aquí terminaría esta anotación si el autor no hubiera escrito lo que copio: "La Mar se había manejado con toda la honradez de un soldado que conoce lo sagrado de sus deberes; pero como en su corazón abrigaba la causa de la América, no creyó conveniente conservar por más tiempo los honores y empleos que había recibido del gobierno español; los renunció todos; los puso en manos del Virrey y se retiró a la vida privada, hasta que el transcurso de algún tiempo le permitiera servir a la Patria sin mengua de su honor". (A) Yo quiero en obsequio a la justicia y a la amistad, ser más extenso sobre este suceso.

Conocía San Martín al General La Mar desde la Península; estaba instruido de su honroso proceder y al cabo de lo que valía como militar y como ciudadano, y dispuso por esto, para ganar para la patria un hombre cual La Mar, que se le extendiera el despacho de general de división, equivalente al de mariscal de campo que obtenía en las filas realistas. Supo La Mar que se adoptaba esta medida, por aviso de D. Juan Berindoaga que había servido antes bajo sus órdenes. La Mar entonces se dirigió a la casa del Gobierno, se abocó con el General, le rogó que suspendiese la orden, que lo esperase; y le ofreció que serviría a su tiempo. No pudo San Martín vencer la resistencia de La Mar y el despacho no fue extendido.

A los dos días de esto escribió La Mar a San Martín pidiéndole un oficial trotador, para que como parlamentario fuese al Cuzco

[(A) La cita es casi literal. Véase Paz Soldán, *op. cit.*, pág. 210.]

con pliegos para el Virrey. El oficial fue puesto a disposición del General La Mar con órdenes precisas para que hiciese cuanto éste lo ordenase. El oficial salió con los pliegos, con pasaporte e instrucciones y desempeñó su comisión. El Virrey recibió los pliegos en que el general español renunciaba todos sus puestos, empleos y condecoraciones, y en que exigía que el Virrey tuviese a bien declararlo exento de toda obligación y lazo para el Rey de España y su gobierno. La contestación a La Mar fue satisfactoria.

Estoy instruido del efecto que el paso de La Mar produjo en los jefes españoles. Exteriormente aparentaron serles muy indiferente, aseverando que no les tomaba de nuevo, que extrañaban que no hubiese tomado antes servicio con los insurgentes, y aun D. Eulogio Santa Cruz dijo en público, que se alegraba, porque La Mar siempre había sido enemigo. Estas noticias que nos trajo el oficial parlamentario, porque delante de él hablaron cuando le despacharon con la contestación, me fueron confirmadas después por otros que las sabían. Interiormente lo sintieron y lo deduzco del modo como se expresaban. "Ya tienen los insurgentes quien organice sus fuerzas y quien los dirija, principalmente los peruanos, que lo admitirán con todo placer". El señor D. Matías León, que se hallaba en el Cuzco, oyó mucho sobre esto, y a él debo pormenores que me confirmo después el mismo La Mar.

Recibida por éste la apetecida contestación del Virrey se la llevó al General y le expuso que estaba pronto a servir en el ejército de la Patria, pero sólo en la clase de Coronel; que formaría y organizaría un regimiento, y que así serviría a la causa, que siempre había sido de su corazón. San Martín no lo consintió, se le extendió el despacho de general de división, y en esta clase sirvió como hombre leal, honrado y para quien los intereses del Perú eran los suyos. Fue siempre querido de los pueblos, dos veces llamado a regir los destinos de esta República y dos veces tuvo que sufrir las consecuencias de revoluciones militares. La primera cuando Enrique Martínez y Riva Agüero, por miras particulares, se unieron para derribarlo. La segunda cuando Santa Cruz, tan ambicioso como inepto, fraguó contra él una revolución en Arequipa en 1828 y que estalló en 1829.